

CAPÍTULO II.

LOS REFORMADORES.

§ I.—Los conservadores.—Lutero.

Lutero es, á los ojos de los católicos, el mayor enemigo del cristianismo; de ahí el odio inmortal con que persiguen su memoria. Creemos que vendrá un día en que no habrá ya protestantes ni ultramontanos, y entonces la historia, con su imparcialidad, dirá que el gran reformador, léjos de ser el adversario del cristianismo, lo salvó de una ruina inminente. Para apreciar la misión de Lutero no hay más que mirar adónde ha conducido la Reforma; bajo este punto de vista pudiera aparecer enemigo del cristianismo, pues que el protestantismo ha acabado por darse la mano con la filosofía; mas los hombres no son responsables del último resultado de sus pensamientos y de sus acciones; no responden sino de lo que han querido hacer. Hay, pues, que ver cuál era el estado de la religión cuando comenzó la Reforma y cuáles fueron las tendencias de los reformadores. El largo estudio que hemos consagrado á los movimientos religiosos y antireligiosos que agitaron la Edad Media nos facilita esta tarea; y si nuestras investigaciones son exactas, no puede caber duda acerca de la misión de Lutero. Perdió el sentimiento

religioso bajo la influencia de la incredulidad, del racionalismo y de una religión que no consistía sino en prácticas supersticiosas. Lutero estaba llamado á reanimarlo, y por eso salvó á la humanidad y al cristianismo.

Las herejías que estallaron desde el siglo XI eran una reacción del sentimiento religioso contra la Iglesia dominante; mas todas fueron sofocadas. En el siglo XVI no había ya ni cátaros ni valdenses, y sucumbieron igualmente los husitas bajo los ataques repetidos de la Alemania católica y por sus propios excesos y divisiones; por manera que parecía el mundo católico más unido que nunca: la fe ortodoxa triunfaba. Pero ¿qué pasaba en el seno de la Iglesia dominante? Había conducido la teología escolástica á secas fórmulas y encerraba en su seno el enemigo jurado de la religión cristiana, el racionalismo. Había, además, una completa decadencia en el mundo teológico, prueba evidente de que no eran atraídas por el catolicismo las fuerzas vivas de la inteligencia; el espíritu humano se inclinaba hácia otra dirección: se dedicaba con entusiasmo al estudio de las resucitadas

obras maestras de Grecia y de Roma. El Renacimiento dió el imperio al genio de la antigüedad, y no lo hay más hostil al cristianismo: es la naturaleza enfrente de la gracia. La libertad de pensar ganó á cuantos leían á Platon y á Ciceron, y llevó á los unos á una especie de religión cosmopolita, racionalista, y á los otros á una incredulidad más ó ménos explícita. Este orden de ideas imperaba, por completo, en las clases superiores, comenzando por los papas y los grandes dignatarios de la Iglesia. En el clero, y hasta en el monaquismo, que se vanagloriaba de realizar la perfección evangélica, reinaba una grosera ignorancia acompañada de una corrupción igualmente brutal. La incredulidad había penetrado con la indiferencia hasta en las clases inferiores.

Tal era el mundo cristiano en el siglo XVI: ¿será exageración decir que la religión estaba en decadencia y que amenazaba ruina? No somos nosotros quienes lo decimos después de los sucesos; no hacemos más que repetir las palabras de Lutero: "Sin la Reforma, decía, la religión habría perecido, y todos los cristianos se habrían hecho epicúreos," (1). Era urgente una reforma para combatir la incredulidad bajo todas sus fases, para luchar juntamente contra el racionalismo y contra la superstición de las obras monásticas, y, en fin, para dar á la Iglesia la conciencia de su misión. En eso pasó Lutero una gran parte de su vida, y lo logró.

Hase reprochado á Lutero con bastante dureza el haber sido hostil á la filosofía, olvidando que los reformadores, como los reveladores del cristianismo, no proceden de la filosofía, sino que, por lo contrario, están en lucha con ella. San Pablo humilló la sabiduría del hombre ante la locura de la cruz, y la locura de la cruz prevaleció: pereció, á lo ménos momentáneamente, la filosofía antigua. Mas como el pensamiento humano no puede quedar largo tiempo sin ejecutarse, bastaron algunos fragmentos de Aristóteles para despertar el gusto de los estudios filosóficos en la Edad Media. Inspirándose en la gentilidad tanto como en la religión cristiana, llegó la escolástica á poner la razón por cima de la fe y la Moral de Aristóteles por cima del Evangelio. Este racionalismo de la escuela fué el primer ene-

migo que combatió Lutero (1); lo combatió antes de volverse contra el papado, y fué siempre el adversario de la filosofía dominante. Los escolásticos eran, á sus ojos, los peores de los herejes, peores, dice, que los pelagianos (2), pues que era el más grande de los crímenes debilitar la doctrina de la gracia, con lo cual se arruinaba el fundamento del sentimiento religioso. Así persiguió con sus invectivas al pagano Aristóteles, porque el filósofo griego era el hombre de la naturaleza y de la razón y no conocía la gracia (3).

No fué Lutero ménos hostil al Renacimiento. No tomó parte en la lucha de Reuchlin contra los dominicos; la bandera del humanismo no era la suya; veía en Erasmo un segundo Luciano, y no se equivocaba enteramente. Lo que combatía en los humanistas, como en los escolásticos y en Aristóteles, era el orgullo de la razón, que quería humillar, aniquilar, para que el hombre descansara en una fe absoluta: jamás ha hablado un católico con más desprecio de la razón que el reformador alemán. Confiesa que no hay un solo dogma del cristianismo que no repugne á la razón humana. "¿Qué de más absurdo, dice, que la divinidad del Cristo? (4). ¿Se concibe un Dios encarnándose en el seno de una Virgen? ¿Se comprende que un Dios, presente bajo la forma del pan y del vino, sea comido por los fieles? Toda la religión es pura locura á los ojos de la razón," (5). ¿Qué se concluye de aquí? ¿No se debe creer, ó se debe creer sólo lo que se comprende? Lutero desprecia la razón, y se mofa de ella: "¡La razón va á imponer la ley á Dios! ¡Le dará una lección, le enseñará lo que habría debido hacer ó decir!" (6). Lutero prodiga á esa temeraria el insulto: "Es la prostituta del diablo; no hace más que blasfemar contra Dios y criticar sus obras; no comprende nada de Dios,

(1) En sus tesis contra la libertad, de 1517 (MERLE D'AUBIGNÉ, *Histoire de la Réformation*, t. I, p. 301-306).

(2) *Mémoires de Luther*, traduc. de MICHELET.

(3) LUTHER, *Rath von Besserung christliches standes* (t. XVII, página 483): "Es thut mir wehe in meinem Herten, dass der verdammte, hochmüthige, schalkhafte Heyde, mit seinem falschen Worten, so viel der besten Christen verführet und genarret hat."

(4) "Weil Gottheit und Menschheit mehr wider einander sind, denn Himmel und Erden" (*Sermon vom Sacrament*, t. XIX, página 401).

(5) "Alle Vernunft muss dazu sagen es sei eitel Narrentheyding" (*Ueber das Buch Mose*, t. I, p. 174). "Gottes Wort ist immer der Vernunft eine Thorheit" (*Sermon vom Sacrament*, tomo XIX, p. 402).

(6) LUTHER'S, *Dass diese Worte Christi: das ist mein Leib, noch feste stehen wider die Schwarmgeister* (t. XIX, p. 431).

(1) LUTHER'S *Briefe*, ed. De Wette, t. III, p. 439.

hay que matarla,, (1). Pues que la razon no es más que ceguedad, ¿qué hay que hacer sino "cerrar los ojos, los oídos y todos los sentidos, y creer?,, (2). No es más fanático el *creo porque es absurdo* de Tertuliano. ¿Por qué esa guerra encarnizada contra la razon? Porque la experiencia secular de la Edad Media atestiguaba que la razon arruina la fe cristiana, aún cuando parezca que se pone á su servicio. Más franco Lutero que nuestros modernos ortodoxos, no quiere la razon porque toda la verdad está en la fe.

Cuando la razon se halla en presencia de una religion que, segun la confesion de Lutero, la contradice de propósito, conduce fatalmente á la incredulidad. Así habia invadido la impiedad hasta la silla de San Pedro. Lutero vió de cerca la innoble comedia que se representaba en Roma, y quedó espantado. De Roma se difundió la incredulidad por toda la cristiandad; y tal era la indiferencia general, que Lutero consideraba el bautismo de los niños como un beneficio del cielo: "Si se aguardára, dice, á que los hombres llegáran á la edad de la razon para conferirles ese sacramento, no habria de cada diez uno que se hiciera cristiano,, (3). Los incrédulos se mezclaron en el movimiento de la Reforma para convertirla en su provecho (4). Eran enemigos peligrosos; los reformadores les hicieron una guerra á muerte; y si la secta de los *libertinos* no fué destruida, tuvo á lo menos que dejar plaza libre á la Reforma.

El catolicismo era impotente contra la incredulidad, y aún se puede decir, con Lutero, que la habia engendrado y la alimentaba (5). Contra la decadencia del sentimiento religioso estaba llamada á trabajar la Reforma; la dificultad era inmensa; Lutero encontró enemigos por todas partes, entre los indiferentes, entre los racionalistas, y sobre todo, entre los monjes, cuya religion consistía sólo en mojigaterías que dejaban vacía el alma. ¿Qué arma opuso el reformador á sus numerosos adversarios? Lutero era una alma profundamente reli-

giosa; los terrores de la fe lo llevaron al convento (1), creyendo encontrar la calma y la seguridad en la práctica de las obras que llenaban la vida monástica y que la hacían considerar como el camino de la perfeccion cristiana. ¿Cuál no fué su desencanto! Su desesperacion iba en aumento; en vano se sometió á todos los tormentos del cuerpo y del alma usados en los claustros; sentía cada día más vivamente la distancia infinita que separa de Dios al hombre caído, abismo que no pueden salvar las más santas obras. El alma turbada del jóven monje no encontró reposo sino en la creencia de la justificacion por la fe, dogma que, al decir del mismo Lutero, es el fundamento de la Reforma (2). Y se concibe: la Reforma tenia por mision reanimar el sentimiento religioso, y el dogma de la justificacion anula al hombre ante Dios, sacrifica la libertad y la razon en aras de la fe.

¿Hay necesidad de probar que Lutero no era enemigo del cristianismo? Era reformador, mas sin atacar la religion ni querer siquiera corregirla; era reformador exagerando el dogma de la gracia, y aceptaba por lo demas todo el cristianismo. Reprochábale Erasmo con cierto desden el haber tomado de los antiguos todo lo que habia de bueno y de malo; la única cosa, decía, que le pertenece son sus grandes frases (3). Á los ojos de Lutero, este reproche era un mérito; él mismo declara que viene á predicar el viejo Evangelio, guardándose como de un crimen de la ambicion de novedad, y sus partidarios sustentaban el mismo orden de ideas (4). Combate á la Iglesia, pero no el catolicismo; lejos de ello, confiesa que procede del catolicismo y que el catolicismo contiene toda la verdad cristiana (5). Sintió desgarrarse su corazon al separarse de la Iglesia; pero tenia de su parte una autoridad más alta, la palabra divina tal como se halla fijada en la Sagrada Escritura, y mantuvo

(1) MELANCHTHON, *Vita Lutheri*: «Sæpe eum cogitantem attentius de ira Dei, aut de mirandis poenarum exemplis, subito tanti terrores concutiebant, ut pæne exanimaretur.»

(2) LUTHER, *Comment. in Epist. ad Galatas* (t. IV, p. 90, verso *Jen.*): «In loco justificationis comprehenduntur omnes alii fidei nostræ articuli.»

(3) ERASM. *Hyperaspitæ*, lib. II (*Op.*, t. X, p. 1415).

(4) En las conferencias de Worms, de 1540, sostuvieron los protestantes que ellos estaban en la verdadera tradicion de la Iglesia universal, y que no eran novadores (RANKE, *Deutsche Geschichte im Zeitalter der Reformation*, t. IV, p. 198).

(5) *Brief von der Wiedertaufe* (1528) (t. XIX, p. 675): «Wir bekennen, dass unter dem Papsthum viel christliches gutes, ja alles christlich gut sei, und auch daselbst herkommen sei an uns.»

(1) LUTHER'S *Werke*, ed. de Walch, t. XX, p. 309; t. I, p. 263; tomo II, p. 82; t. XXII, p. 369.

(2) *Ueber das Buch Mose*, t. I, p. 100: «Augen, Ohren und alle Sinne zuthun, und nicht weiter fragen.»

(3) LUTHER, *Vermahnung zum Sacrament des Leibes und Blutes unseres Herrn* (t. XX, p. 248).

(4) ERASM. *Epist.* MXXVIII (t. III, 2, p. 1175): Subolet mihi multos his tumultibus admisceri paganos, qui nihil omnino credunt.—*Comp. Epist.* MLXIV, p. 1216.

(5) LUTHER, *Kurtzes Bekenntniss vom Sacrament* (t. XXI, pági-na 446).

todas las instituciones que le parecían conciliables con la palabra de Dios. La Escritura era su ley, y no quería apartarse de ella por ningún precio, ni aún por interés de su causa. Hé ahí por qué mantuvo Lutero el dogma de la presencia real; tentado estuvo á negarlo, reconociendo que con ello habria asestado el más rudo golpe al papismo: "Pero estoy encadenado, decía; el texto es demasiado poderoso, no puedo salir de él, nada puede arrancarlo de mi espíritu,, (1). Tan poco revolucionario era Lutero, que hasta respetaba las supersticiones católicas en el sentido de no querer que se las destruyera por la violencia. Reprobó los excesos de los iconoclastas: "¿Qué importa, decía, que se derriben las imágenes materiales si quedan á ellas pegadas las almas? Y si se alejan de ellas los espíritus, no harán ya mal alguno las estatuas ni los cuadros,, (2). Tuvo el reformador desde un principio partidarios que no se avenían con su temperamento conservador: Sickingen y Hutten estaban inclinados á apelar á la fuerza, y Lutero los combatió enérgicamente en el momento mismo en que tenia necesidad de su apoyo. "El mundo, decía, ha sido vencido por la palabra, por la palabra se ha mantenido la Iglesia, y por la palabra será reformada,, (3). Lutero era un hombre de fe y no de violencia: "Predicar y sufrir, exclamaba, hé ahí nuestra mision; nuestra lucha no es un combate de puños, es un combate espiritual contra el demonio. Jesucristo y sus apóstoles no demolieron los templos ni rompieron las imágenes; obraron sobre las almas,, (4).

Lutero no era un revolucionario, y, sin embargo, produjo la más asombrosa de las revoluciones, una revolucion religiosa en medio de un siglo que se inclinaba á la incredulidad. Hizo esa revolucion, no destruyendo ni acumulando ruinas, sino apoderándose del dogma cristiano de la gracia, alterado y debilitado por la escolástica y por el monaquismo. Aunque quebrantada, la Reforma subsiste todavía; millares de almas continúan alimentándose de la palabra evangélica. Mas eso no es sino la mitad de la obra de Lutero, que fué reformador para la Iglesia católica tanto como para las sectas pro-

(1) *Warnungsschreiben an alle Christen zu Strassburg* (1525) tomo XIX, p. 226.

(2) LUTHER, *Wider die himmlischen Propheten* (t. XIX, p. 159).

(3) LUTHER'S *Briefe* (DE WETTE, t. I, p. 548).

(4) LUTHER'S *Brief an die Fürsten zu Sachsen von dem aufrührerischen Geiste* (1524).

testantes. Concilio sobre concilio se reunieron en el siglo XV para reformar la cristiandad, y no lo-graron siquiera corregir los abusos del poder pontificio; y hé aquí que un monje oscuro hace lo que los papas, los cardenales y los obispos no podían ó no querían hacer. No se trataba ya de algunos abusos de disciplina: la religion misma, convertida á sus divinas fuentes, se depuró de las supersticiones humanas, comenzando á renacer á una vida nueva, como una planta bienhechora que se libra de las malas hierbas que chupan el jugo de la tierra. La vida engendra la vida: bajo la influencia de la Reforma se reforma el catolicismo. La incredulidad desaparece de la Iglesia para dar lugar á un ardor de conquista; no se ven ya papas ateos, ni cardenales que se burlan del Cristo, ni prelados que no creen en la vida futura: se despierta el sentimiento religioso; las creencias de la Iglesia ortodoxa se acercan á las de la Reforma. Las cosas llegaron á un punto en que pudo creer Bossuet que sólo una falsa inteligencia separaba á los católicos de sus hermanos protestantes; pero era una ilusión. El protestantismo no era únicamente un movimiento conservador, era también una revolucion, y se alejaba del cristianismo tradicional pretendiendo remontarse á sus orígenes. Tal era el elemento revolucionario de la Reforma.

§ II.—Los revolucionarios.—Zuinglio.

Quejábase Lutero de que hubiese que sostener contra los que exageraban la Reforma una lucha más ruda que contra el papa (1). Y esto se concibe fácilmente. Había en el catolicismo de la Edad Media tantos abusos repugnantes, tantos errores condenados por la Escritura, que la tarea del reformador era facilísima, favorecida por el asentimiento de todos aquellos á quienes la fe ó el interés no ce-gaban. Otra cosa fué cuando del seno mismo de los reformados surgieron hombres que traspasaban los límites que Lutero quería imponer al movimiento religioso. El arma con que éste combatía á la Iglesia era deficiente contra los sectarios. La única ley de los protestantes era la Escritura, y no tenían unos más autoridad que otros para interpretar la palabra de Dios; no tenía más pesola interpretación

(1) LUTHER, *Vermahnung an die gantze auf dem Reichstage zu Augspurg versammelte Geistlichkeit*, 1530 (t. XX, p. 162).